



BOLETÍN
DE LA
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA
DE
ORIENTALISTAS

Año XLIV – 2008



Asociación Española de Orientalistas
Universidad Autónoma de Madrid
Edificio Rectorado
28049 MADRID

ALEJANDRO MAGNO Y EGIPTO: ESTRATEGIA, RELIGIÓN Y POLÍTICA

MANUEL ALBALADEJO VIVERO
Universidad de Valencia

BIBLID [0571-3692 (2008) 281-296]

RESUMEN: La estancia de Alejandro Magno en Egipto supuso un hito fundamental dentro de su campaña militar. Desde varios siglos antes, este país había sido tratado en la literatura griega como una tierra de maravillas y portentos, por lo que no debe extrañar el prestigio que había obtenido entre los propios griegos. Alejandro consultó allí el oráculo de Amón y fundó la primera Alejandría; además, siempre tuvo un alto concepto del país del Nilo.

PALABRAS CLAVE: Alejandro Magno, Egipto, Siwa, Zeus-Amón, Alejandría, Nilo.

ABSTRACT: The stay of Alexander the Great in Egypt was a fundamental milestone in his military campaign. Several centuries before, Egypt had been treated as a wonderland in Greek literature, so it is not surprising the prestige it had enjoyed among the Greeks. There, Alexander consulted the Oracle of Ammon and he founded the first city of Alexandria. He always thought highly of the country of the Nile.

KEY WORDS: Alexander the Great, Egypt, Siwah, Zeus-Ammon, Alexandria, Nile.

Alejandro Magno tuvo una corta pero vibrante y apasionada existencia; dentro de ella merece un lugar destacado la especial relación que mantuvo con Egipto, ya que este país fue elegido por él no sólo para fundar la primera de una larga serie de ciudades que llevarían su nombre, sino también por su creencia o intención en presentarse como descendiente directo del dios Amón.

A pesar de esta innegable vinculación, debemos tener en cuenta que las relaciones entre la cultura griega, de la que Alejandro siempre se presentó al modo de un gran líder y el país del Nilo ya habían tenido una larga, profunda y fructífera relación.

No es necesario hacer referencia en esta ocasión a los contactos comerciales bien establecidos ya en el segundo milenio a.C. entre Egipto y el área del Egeo

dentro de la que surgiría la civilización helénica, ni a la presencia de mercenarios creto-micénicos en los ejércitos faraónicos –los famosos *keftiu*–; simplemente, podemos centrarnos en las menciones a Egipto dentro de la cultura griega de época arcaica¹ puesto que ya en su primer monumento literario, la *Ilíada*, es mencionada como paradigma de la riqueza la ciudad de Tebas junto con las famosas cien puertas que nunca tuvo²; asimismo, en la *Odisea*, una obra cronológicamente posterior, Menelao describe Egipto a Telémaco y al hijo de Néstor como una tierra donde abundan las riquezas y que destaca especialmente por sus fértiles campos así como por el bienestar y la salud de que gozan sus felices habitantes³. De esta manera, puede apreciarse que la imagen que transmite este poema épico sobre el país del Nilo posee grandes dosis de fantasía, irrealidad y leyenda, unas características que no desaparecerán del todo en la posterior tradición griega.

Dentro de esa no menos fértil tradición literaria, destaca de manera poderosa para el propósito que nos hemos planteado el libro segundo de las *Historias* de Heródoto; no en vano, el considerado “padre de la Historia” dedicó a Egipto el mayor de los excursos dedicados a los diversos pueblos bárbaros que trató en su monumental obra. El propio Heródoto justificó esa atención especial al país debido a las numerosas maravillas que atesoraba en comparación con las restantes partes del mundo conocido por los griegos.

Uno de los grandes objetos de atención por parte del escritor de Halicarnaso fue, como no podía ser menos, el Nilo, que él consideró el principal curso fluvial de la Tierra e incluso llevó a cabo una paciente tarea de investigación acerca de sus fuentes, lo cual, justo es decirlo, constituyó desde el principio una gran pregunta científica para casi todos los escritores griegos que viajaron o se interesaron por Egipto y no pudo ser respondida de manera completa hasta nada menos que el siglo XIX –en este punto, es de justicia recordar la figura del sacerdote jesuita español Pedro Páez, que en 1618 se convirtió en el primer europeo que conoció las fuentes del Nilo Azul, que se encuentran, como es bien sabido, en las tierras altas de Etiopía⁴–.

¹ Véase GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., PÉREZ LARGACHA, A. y VALLEJO GIRVÉS, M. (1994), *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares, pp. 181-192; FUTRE PINHEIRO M. (1995), “A atracção pelo Egipto na literatura grega”, *Humanitas*, 47, pp. 441-468 y GÓMEZ ESPELOSÍN F.J. (2000), *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid, pp. 260-264.

² *Il.* IX, 381-384.

³ *Od.* III, 299-302; IV, 81-85, 125-132, 220-232 y 351-586.

⁴ ALFONSO MOLA, M. y MARTÍNEZ SHAW, C. (2004), “Pedro Páez y la misión

Asimismo, otro tema que atrajo la atención del siempre inquieto y curioso Heródoto fue la exótica fauna egipcia, ya que escribió sobre animales como el hipopótamo, el cocodrilo, la ibis y el mítico ave fénix e incluso acerca de animales mucho más corrientes y habituales para un griego, como es el caso del gato y de la serpiente, a los que se rendía culto e incluso tenían algunos templos dedicados al mismo. Naturalmente, la gran antigüedad de la cultura faraónica era un rasgo que no podía pasar desapercibido a un historiador de fino olfato como el nuestro; en este sentido, no podemos olvidar un curioso episodio narrado en este libro segundo, en el que los sacerdotes egipcios le mostraron en Tebas al logógrafo Hecateo de Mileto, precursor del propio Heródoto, las estatuas dedicadas a todos los sumos sacerdotes que había habido hasta su época y que hacían un total de trescientas cuarenta y cinco generaciones, algo incomparable con las escasas dieciséis generaciones humanas de que hacía gala el escaldado Hecateo⁵.

Naturalmente, Heródoto no dejó de narrar otras costumbres egipcias, como el complejo proceso de momificación; la religiosidad de los antiguos egipcios y los ritos que llevaban a cabo constituían otro aspecto cultural que no podía pasar desapercibido a ojos del historiador de Halicarnaso⁶.

No podríamos dejar de lado a efectos de ilustrar la profundidad de las relaciones entre Grecia y Egipto un relato recogido en este mismo libro segundo de las *Historias* que se refiere a la entrevista entre el faraón Psamético II –que reinó entre los años 595 y 589 a.C.– y unos emisarios de los eleos⁷ –los habitantes de la Élide, la región en la que se encontraba Olimpia– jactándose del hecho de que precisamente en Olimpia las competiciones deportivas tenían las reglas más justas y perfectas del mundo hasta el punto de considerar que ni siquiera los egipcios, que eran los hombres más sabios, serían capaces de aportar idea alguna que las mejorase. De ese modo, el faraón reunió a los egipcios más reputados por su sabiduría para estudiar el caso; éstos le preguntaron a los eleos si también podían participar en los juegos olímpicos sus propios conciudadanos, a

jesuítica en Etiopía en el contexto de la unión de las Coronas de España y Portugal”, *ETF* serie 4, 17, pp. 59-75. Este sacerdote vivió entre 1564 y 1622 y redactó su *Historia de Etiopía* en portugués puesto que la misión jesuítica había sido dirigida desde el Portugal integrado en la Monarquía Hispánica y consiguió el mismo año de su fallecimiento la conversión al catolicismo del emperador etíope Susenios, que anteriormente había practicado el monofisismo.

⁵ Acerca de este irónico relato, contenido en Hdt. II, 143, véase WEST, S. (1991), “Herodotus’ Portrait of Hecataeus”, *JHS*, 111, pp. 144-160.

⁶ Hdt. II, 37.

⁷ La historia se recoge en Hdt. II, 160.

lo que los eleos respondieron de forma positiva, argumentando que eran libres de participar todos los griegos, procedentes de cualquier ciudad por igual. La sentencia de los sabios egipcios no se hizo esperar: los organizadores de los juegos no se comportaban de manera justa, puesto que no podrían evitar el favorecer a sus conciudadanos en detrimento de los atletas de otras ciudades, de modo que les ofrecieron el consejo -y la enseñanza moral- de reservar la competición únicamente para los extranjeros, sin que ningún eleo pudiese participar en ella a fin de no poner en cuestión la justicia de los resultados.

Tampoco podían faltar en la obra de Heródoto las referencias a monumentos como las pirámides⁸ y el famoso laberinto, además de admirar la ya entonces milenaria historia de Egipto, sobre todo a monarcas como Sesostris, a quien convirtió en un auténtico conquistador del mundo, o Amasis, que condujo al país a una época de gran prosperidad, llegando incluso a establecer colonos griegos en la ciudad de Náucratis⁹.

Llegado este punto, es necesario profundizar en la función de este emporio como intermediario comercial entre Grecia y Egipto¹⁰. Náucratis se hallaba en el Delta, exactamente en la orilla oriental del brazo canópico del Nilo, a unos ochenta km del Mediterráneo y a tan sólo quince de la ciudad de Sais, que fue la capital de Egipto durante la dinastía XXVI. El registro arqueológico ha permitido averiguar que Náucratis fue fundada en el siglo VII a.C., bastante tiempo antes del reinado de Amasis –que tuvo lugar entre los años 570 y 526 a.C.–, el faraón al que Heródoto atribuyó la posibilidad de asentamiento para los griegos, como acabamos de ver y lo cierto es que se convirtió en el principal puerto egipcio hasta la fundación de Alejandría, como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

Si regresamos a nuestro hilo argumental, básicamente dedicado al tratamiento ofrecido por la literatura griega a propósito de Egipto, apreciamos cómo la huella dejada por el relato de Heródoto fue definitiva para establecer una descripción típica de Egipto, tal y como puede ejemplificarse en las obras respectivas de dos relevantes pensadores de época posterior: Platón y Aristóteles.

⁸ El relato acerca de su construcción, junto con otras curiosas historias, se encuentra en Hdt. II, 124-134.

⁹ Hdt. II, 178.

¹⁰ Para adentrarse en el conocimiento de Náucratis, BOARDMAN, J. (1975), *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, pp. 129-144; MURRAY, O. (1988), *Grecia arcaica*, Madrid, pp. 204-208; MÖLLER, A. (2000), *Naukratis: Trade in Archaic Greece*, Oxford; VILLING, A. y SCHLOTZHAUER, U. (2006), *Naukratis: Greek diversity in Egypt*, Londres.

Estos dos filósofos vivieron en el siglo IV a.C., un momento de crisis y redefinición de los esquemas políticos en el mundo griego hasta que la irrupción del reino de Macedonia con Filipo II y su hijo Alejandro modificaría de manera definitiva el acontecer histórico y político de una hasta entonces desunida Grecia.

En la obra de Platón, Egipto se convirtió en un modelo a seguir al objeto de encontrar posibles modelos sociales y políticos para los propios griegos. Según la tradición helénica, Platón fue uno de los muchos pensadores que visitaron el país del Nilo con la finalidad de completar su formación aprendiendo de una cultura tan rica y antigua –recordemos los casos similares de Pitágoras y de Solón¹¹–; así, en la obra del ateniense aparecerá de nuevo la imagen tópica y a menudo fabulosa que Heródoto había acuñado, con el río como protagonista indiscutible de un entorno natural benévolo y con una sociedad estrictamente organizada y jerarquizada según su función laboral, al tiempo que todos los habitantes daban muestra de una rigurosa piedad hacia los dioses. Por tanto, Platón empleó la ya conocida imagen de Egipto para proponer a sus conciudadanos, los atenienses, una serie de modelos para organizar de la mejor y más justa manera posible su vida en comunidad¹².

En el caso del otro pensador, Aristóteles, es necesario recordar su desempeño profesional como profesor particular de Alejandro Magno y los demás jóvenes pertenecientes a las principales familias nobiliarias de Macedonia. A lo largo de su extensísima obra, Aristóteles realizó diversas referencias a Egipto, especialmente, aunque no de manera exclusiva, a su mundo natural y, al llegar a este punto, es necesario comentar la ya vieja polémica acerca del origen de los datos obtenidos por el estagirita. Algunos autores de comienzos del siglo XX trabajaron sobre la hipótesis de que Aristóteles hubiese recabado dichas noticias de la mano de su antiguo alumno Alejandro, quien le habría estado informando puntualmente de los hallazgos realizados en el transcurso de su expedición; no obstante, esta idea parece haberse abandonado de manera casi definitiva entre los especialistas, puesto que resulta obvio que todo el cúmulo de informaciones recabado por los intelectuales y estudiosos que acompañaron a Alejandro tuvo mucho mayor impacto en la obra de Teofrasto que en la del propio Aristóteles¹³,

¹¹ GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (1997), “La ruta de los sabios. Tópico y verdad del viaje a Egipto a lo largo de la cultura griega”, en GARCÍA MORENO, L.A. – PÉREZ LARGACHA, A., eds., *Egipto y el exterior. Contactos e influencias*, Alcalá de Henares, pp. 163-185.

¹² JOLY, H. (1982), “Platon égyptologue”, *Revue Philosophique*, 2, pp. 255-266; HARTOG, F. (1986), “Les grecs égyptologues”, *Annales ESC*, 5, pp. 953-967.

¹³ BOLCHERT, P. (1908), “Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen”, *Quellen und Forschungen zur alten Geschichte und Geographie*, 15, pp. 13-19; ROMM, J.S. (1990),

quien como tendremos ocasión de comprobar, empleó ampliamente las *Historias* de Heródoto para escribir sobre el mundo natural egipcio, su historia y su organización social y política.

De esta manera, en la obra del estagirita abundan una vez más las referencias a algunos de los animales más característicos de su entorno natural, como el cocodrilo, el hipopótamo y la ibis. En el caso del cocodrilo, es necesario advertir que Aristóteles no dio muestras de conocer demasiado bien su fisonomía, ya que en repetidas ocasiones comentó que los cocodrilos tenían la mandíbula inferior fija¹⁴; un claro error en el que ya había incurrido el propio Heródoto¹⁵.

Una curiosa teoría emitida por Aristóteles consistió en afirmar que si hubiera comida en abundancia, los animales feroces no atacarían al hombre ni lucharían entre sí; para ilustrar esta hipótesis –y notorio error- puso el ejemplo de Egipto, donde según él, los animales vivían en paz unos con otros, incluso los más feroces¹⁶; asimismo, señaló que en ciertas regiones los cocodrilos vivían al lado del sacerdote que se encargaba de alimentarlos¹⁷.

Además del cocodrilo, el hipopótamo fue otro animal egipcio tratado por el filósofo de una manera que nuevamente recuerda la descripción que había hecho Heródoto acerca de este mamífero¹⁸; en concreto, escribió Aristóteles que el hipopótamo tenía el tamaño de un asno, crines como el caballo, dos pezuñas como el buey, colmillos poco visibles, cola de cerdo y, además, relinchaba como los caballos¹⁹.

Respecto a las ibis, indicó el estagirita que en Egipto las había blancas y ne-

“Aristotle’s Elephant and the Myth of Alexander’s Scientific Patronage”, *AJPh*, 110, pp. 566-575; ROMM, J.S. (1992), *The edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, p. 108 n.54.

¹⁴ Arist., *Part. an.* II, 660b25; IV, 691b6; *Hist. an.* I, 492b23; III, 516a25.

¹⁵ Hdt. II, 68. Otro error cometido por el de Halicarnaso en el mismo pasaje citado consistió en asegurar que los cocodrilos carecían de lengua, cuando realmente están provistos de ella, si bien de pequeñas dimensiones y adherida a la mandíbula inferior. En este aspecto, Aristóteles repitió la afirmación herodotea, mostrando que había sido su principal fuente de información, Arist., *Part. an.* IV, 690b20; *Hist. an.* II, 503a1-14.

¹⁶ En este punto, el estagirita incurrió en una contradicción, puesto que en *Hist. an.* VIII, 606a21 había escrito que, si bien en Egipto había animales como los bueyes y ovejas, que eran de mayor tamaño que sus congéneres griegos, otros eran menores, como sucedía con los perros, lobos, liebres, zorros, cuervos y halcones; además, los conejos y las cabras eran del mismo tamaño en ambos países. Por último, hay que señalar que el propio Aristóteles había acudido al testimonio de unos desconocidos “expertos” para atribuir tales diferencias a la alimentación, que era abundante para unas especies y escasa para otras.

¹⁷ Arist., *Hist. an.* IX, 609a1-4.

¹⁸ Hdt. II, 71.

¹⁹ Arist., *Hist. an.* II, 502a10-15.

gras; las primeras se encontraban en todo el país excepto en Pelusio, importante localidad fronteriza ubicada en el Delta oriental. Por el contrario, las ibis negras sólo se encontraban en Pelusio²⁰. Dentro de las aves tampoco faltó una referencia a las grullas, cuyas grandes migraciones eran bien conocidas desde antiguo²¹; en este sentido y basándose de nuevo en la obra de Heródoto²², recogió Aristóteles la noticia de que partían desde las llanuras de Escitia hasta llegar a las marismas del Alto Egipto, uno de los lugares donde se suponía nacía el Nilo.

Junto a la peculiar descripción de la fauna más característica de Egipto, Aristóteles trató otras peculiaridades tales como su sistema fluvial. El sabio era consciente de la abundancia de agua en el país, especialmente en el pantanoso Delta²³, pero la principal cuestión –tal y como acabamos de mencionar– que los estudiosos griegos se planteaban en relación a este país consistía en averiguar cuáles eran las fuentes del Nilo; Aristóteles no rehuyó esta pregunta y planteó una de las numerosas teorías que los geógrafos y otros intelectuales helenos intentaron ofrecer al respecto. De esta manera, señaló que la principal corriente del río egipcio nacía en el denominado Monte de Plata, situado en una zona indeterminada del interior de África²⁴. Junto a la pregunta a propósito del origen del río egipcio, el estagirita volvió a emplear el libro segundo de las *Historias* de Heródoto y, en concreto, su archiconocida afirmación de que “Egipto es un regalo del Nilo²⁵”, a la hora de llevar a cabo algunas explicaciones sobre la formación geológica del país, que era producto de los depósitos arrastrados por el río, de modo que así explicaba Aristóteles que en la época de Homero Egipto se llamase Tebas debido a la relevancia de esta ciudad meridional y, en cambio no se hacía ninguna referencia a Menfis, situada bastante más hacia el Norte y que, por lo tanto, aún no sería un lugar importante o incluso no existiría²⁶.

²⁰ Arist., *Hist. an.* IX, 617a27-31.

²¹ Basta con recordar el famoso episodio de la geranomaquia o lucha entre las grullas y los pigmeos, recogido en *Il.* III, 2-7 y que el propio Aristóteles evocó en este pasaje, *Hist. an.* VIII, 597a6.

²² Hdt. II, 22, 4.

²³ Arist., *Probl.* XX, 926b5-10.

²⁴ Arist., *Mete.* I, 350b14. Una panorámica sobre las diferentes hipótesis emitidas por autores griegos a propósito de las fuentes del Nilo se encuentra en ALBALADEJO VIVERO, M. (en prensa), “Promathos von Samos”, en GEHRKE, H.J. (ed.), *Die Fragmente der griechischen Historiker V. Die Geographen*, Leiden. A esto hay que añadir las apreciaciones de *Mete.* II, 356a27-29.

²⁵ Hdt. II, 5, 1. En realidad, según Arr., *Anab.* V, 6, 5, esta expresión había sido formulada por Hecateo de Mileto, el ya citado logógrafo.

²⁶ Arist., *Mete.* I, 351b28-35. Además, en *Mete.* I, 352b21-34, el maestro de Alejandro volvió a incidir sobre la misma idea, poniendo de manifiesto la proverbial antigüedad del

Para concluir con la presencia de Egipto en la obra de Aristóteles, es necesario hacer referencia a una de sus obras capitales, la *Política*, en la que expuso algunos ejemplos organizativos tomados de una supuesta sociedad egipcia, que él y muchos otros pensadores griegos consideraron paradigmática: en concreto, indicó que Egipto era el país más antiguo del mundo y el primero en dotarse de leyes y de una organización política²⁷; asimismo, el primer Estado cuyo cuerpo cívico fue dividido en clases no se trató de la Creta de Minos, como pensaban muchos griegos, sino del Egipto en que gobernaba el no menos legendario Sesostris, que según había calculado Heródoto²⁸, vivió en una época muy anterior a la del mítico rey de Creta²⁹.

Con este amplio bagaje llegamos a la época de Alejandro, cuando numerosos griegos y macedónicos tuvieron la oportunidad de conocer Egipto en primera persona; resulta, por tanto, lógico que el volumen de información que a partir de ese momento circularía por el mundo griego fuese muy superior al de épocas anteriores, cuando el país sólo era accesible a unos cuantos mercaderes, mercenarios³⁰ y viajeros como el mismo Heródoto.

El ejército macedónico llegó a Egipto después de haber realizado un durísimo asedio de casi dos meses de duración en torno a la ciudad de Gaza, que finalmente fue saqueada y destruida. Durante ese tiempo, pudieron realizarse todos los preparativos para una entrada triunfal, incruenta y propagandística en el país de los faraones.

La comitiva macedónica tardó unos siete días del mes de noviembre del año 332 a.C. en recorrer el trayecto de unos 200 km aproximadamente entre la

pueblo egipcio y los efectos que tuvo la tierra de aluvión arrastrada por el río al haber intentado diversos reyes excavar de manera infructuosa un canal que conectase el Nilo con el mar Rojo, una idea en consonancia con lo también expresado por él en *Probl.* XXVI, 945a20-26.

²⁷ Arist., *Pol.* VII, 10, 1329b8.

²⁸ En efecto, Hdt. II, 102-110, había hecho de Sesostris una figura colosal, que supuestamente había llevado las conquistas de Egipto hasta el mar Rojo, el Oriente Próximo, Escitia, Tracia e incluso Etiopía -Nubia-. Parece que tras la belicosa y triunfante personalidad de este personaje se escondían las hazañas de tres diferentes faraones: Sesostris III -12ª dinastía-, Tutmosis III -18ª dinastía- y Ramsés II -19ª dinastía-.

²⁹ Arist., *Pol.* VII, 10, 1329b6. De manera semejante, en *Pol.* VII, 10, 1329b1 había dejado escrito el estagirita que en Egipto la legislación se remontaba a la época de Sesostris y que el país conocía una división entre la clase militar y la de los agricultores.

³⁰ No podemos olvidar a aquellos soldados de origen jonio y cario que, bajo el mando de un tal Potasimto, participaron en la expedición a Nubia del faraón Psamético II en 591 a.C. y dejaron algunas inscripciones grabadas en la pierna izquierda de una de las estatuas colosales de Ramsés II en Abu Simbel.

asolada Gaza y la ya citada ciudad egipcia de Pelusio³¹, al tiempo que la flota recorría en paralelo el mismo trayecto.

Pelusio albergaba desde época faraónica un relevante sistema defensivo ya que se trataba de la llave de entrada a Egipto por parte de cualquier invasor terrestre procedente del continente asiático; durante algunas ocasiones anteriores en el mismo siglo IV a.C. había podido frustrar gracias a sus fortificaciones diversas operaciones expansivas del imperio persa y se trataba del lugar más propicio en ofrecer resistencia a los macedónicos en todo el país³². Sin embargo, los nuevos dominadores de Egipto recibieron una cordial bienvenida y el propio Alejandro fue saludado como un auténtico libertador.

De esta manera, el rey pudo conducir sus tropas hasta Menfis a través del desierto al mismo tiempo que la flota remontaba el Nilo para converger en la capital. Allí les esperaba el último sátrapa aqueménida, llamado Mazaques³³, que se sometió a los nuevos amos de Egipto sin ofrecer resistencia y les hizo entrega del tesoro real.

Teniendo en cuenta la impresionante acogida que le dispensaron los menfitas, Alejandro decidió celebrar su llegada organizando un gran sacrificio a los dioses con el cuidado de escoger entre ellos al buey Apis como muestra de su admiración y respeto por las creencias de los egipcios, sus nuevos súbditos³⁴. El festival, por lo demás, se realizó según la costumbre griega, incluyendo la celebración de certámenes gimnásticos y musicales en los que participaron muchas de los principales figuras del mundo helénico, ya que formaban parte del ejército y de la comitiva de Alejandro³⁵.

Llegados a este punto, tenemos que señalar que el propio rey era consciente de las noticias difundidas por diversos autores griegos acerca de los sacrilegios cometidos por dos soberanos persas, Cambises y Artajerjes III, sobre la figura de los bueyes Apis cuando entraron en Egipto como conquistadores, de modo

³¹ Arr., *Anab.* III, 1, 1; Curt. IV, 7, 2. En general, sobre la estancia de Alejandro en Egipto, OLMSTEAD, A.T. (1948), *History of the Persian Empire*, Chicago, pp. 440-495.

³² BOSWORTH, A.B. (1980), *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander I*, Oxford, p. 261.

³³ Este personaje había sido nombrado sátrapa por Darío III tras la batalla de Iso, donde falleció su antecesor en el cargo, Savaces, que había acudido allí al frente de las fuerzas persas enviadas desde Egipto para hacer frente a los macedonios, tal y como se narra en Arr., *Anab.* II, 11, 8.

³⁴ Diod. Sic. I, 84, 8. A propósito de Alejandro y la religión egipcia desde el punto de vista de la egiptología, véase HEERMA VAN VOSS, M. (1993), en CARLSEN, J. – DUE, B. – DUE, O.S. – POULSEN, B., eds., *Alexander the Great. Reality and Myth*, Roma, pp. 71-73.

³⁵ Arr., *Anab.* III, 1, 4. BOSWORTH, A.B. (1980), p. 262.

que Alejandro realizó diversos gestos para ganarse la confianza y el respeto de los egipcios, como una visita al propio buey en su santuario y al templo funerario de Saqqara, en el que se custodiaban las momias de los bueyes fallecidos y eran adorados bajo la forma compuesta de Osiris-Apis.

Aparte de este calculado acercamiento al mundo religioso egipcio, Alejandro no mostró un mayor interés por celebrar ritos o sacrificios al modo egipcio; es cierto que todas las divinidades del país del Nilo fueron respetadas, pero nunca se intentó asimilarlas al panteón griego, excepto la figura de Zeus-Amón, como veremos más adelante.

Por lo demás, Alejandro recibió en las inscripciones oficiales la titulación de los faraones: es decir, rey del Alto y el Bajo Egipto, Hijo de Re, amado de Amón y personificación de Horus, es decir, fue divinizado. Lo que no parece posible es que hubiese sido formalmente coronado al estilo egipcio.

Más interesante si cabe para él se presentaba la visita al santuario de Amón, en el oasis de Siwa. Este oráculo, situado en medio del desierto a 300 km de la costa, era bien conocido por los griegos ya que desde el siglo V a.C. había constituido para ellos un prestigioso centro de peregrinación, hasta el punto de que en la propia Grecia se construyó durante la segunda mitad del siglo IV a.C. un templo dedicado a la misma divinidad, Amón, que ellos identificaban con sus dios supremo, Zeus³⁶.

Alejandro era consciente de la existencia de este culto y estaba dispuesto a ser considerado hijo de Zeus; además, el mito narraba que dos de sus supuestos antepasados, Heracles y Perseo, habían visitado precisamente el santuario de Siwa³⁷.

El ya mencionado Heródoto había narrado una interesante historia acerca del santuario³⁸: el persa Cambises, antes de acabar con la vida del buey Apis, envió un ejército compuesto nada menos que por cincuenta mil hombres para esclavizar a los habitantes del oasis de Siwa e incendiar el propio oráculo; sin embargo, estas tropas perecieron en su totalidad y es que, según la versión de los amonios, esto se debió a que los sorprendió en pleno desierto una gran tormenta de arena que los sepultó sin dejar rastro alguno.

De esta manera, espoleado por sus ansias de consultar el oráculo de quien

³⁶ RADET, G. (1926), "Notes sur l'histoire d'Alexandre. Le pèlerinage au sanctuaire d'Ammon", *REA*, 29, pp. 213-240; BOSWORTH, A.B. (1996), *Alejandro Magno*, Madrid, p. 96.

³⁷ Arr., *Anab.* III, 3, 1-2; Calístenes, *FGrHist* 124 F 14a = Str. XVII, 1, 43; Curt. IV, 7, 8.

³⁸ Hdt. III, 25-26; además, Curt. IV, 7, 6-7 y Plut., *Al.* 26, 11-12 volvieron a repetir el relato transmitido por el de Halicarnaso.

consideraba ser su padre y también por emular a sus supuestos antepasados, Alejandro se puso en marcha al frente de un contingente militar no muy numeroso. Partió de Menfis navegando río abajo por el brazo canópico del Nilo y, al llegar a la altura del lago Mareotis, inspeccionó la zona en la que a su regreso del santuario fundaría Alejandría³⁹.

A continuación, avanzó hacia la ciudad de Paretonio (la actual Mersa Matruh) y poco después se alejó de la ruta costera para adentrarse en el desierto⁴⁰. Entre los autores que acompañaron al monarca macedonio en esta aventura figuró el historiador oficial de la expedición y sobrino de Aristóteles, Calístenes de Olinto, que destacó, como era habitual en él, en adular a su patrón adornando la escena con todo tipo de detalles pintorescos e incluso sobrenaturales. En concreto, narró Calístenes que una lluvia providencial mitigó la sed de los expedicionarios; además, el fuerte viento del Sur había borrado la pista trazada en el desierto y, de manera portentosa, dos cuervos aparecieron para guiar hasta el oasis a los macedónicos: por cierto, estos cuervos esperaban cuando el grupo detenía su marcha y, cuando ésta era reanudada, las aves volaban al frente de la formación, incluso llamaban con sus graznidos a los que se extraviaban por la noche⁴¹.

En realidad, todo esto parece ser una reelaboración literaria de diversos elementos presentes en el desierto líbico: un hecho verídico es que a menudo sopla un fuerte viento procedente del Sur, que en invierno pueda darse alguna precipitación e incluso que haya cuervos en los alrededores de estos oasis pero, sin duda, Calístenes empleó hábilmente estas circunstancias reales para crear un relato vistoso e incluso mágico con el que sorprender a sus lectores al tiempo que no dejaba de adular a su rey y futuro verdugo⁴².

Lo que hizo Alejandro en Siwa consistió fundamentalmente en consultar el oráculo del santuario central de Agurmi; al tratarse de un rey, sucesor de los faraones egipcios, fue admitido directamente en la zona interior, en la que consultó al dios en privado, sin la presencia de su séquito⁴³.

³⁹ Arr., *Anab.* III, 1, 4-5.

⁴⁰ Arr., *Anab.* III, 3, 3.

⁴¹ Estrabón y Plutarco recogieron este fragmento procedente de la obra de Calístenes de manera respectiva en Str. XVII, 1, 43 = *FGrHist* 124 F 14a y Plut., *Al.* 27, 3-4 = *FGrHist* 124 F 14b. HAMILTON, J.R. (1969), *Plutarch Alexander. A Commentary*, Oxford, p. 71; BOSWORTH, A.B. (1988), *From Arrian to Alexander. Studies in Historical Interpretation*, Oxford, pp. 5-6.

⁴² BOSWORTH, A.B. (1996), *Alejandro Magno*, p. 97.

⁴³ FAKHRY, A. (1944), *Siwa Oasis. Its History and Antiquities*, El Cairo, pp. 35-40.

La imagen que allí se encontró Alejandro no era en absoluto aquella tradicional con que era representado Zeus-Amón, con sus bien conocidos cuernos de carnero, sino que consistía en una piedra con forma cónica y esmeraldas engarzadas, portada por ochenta sacerdotes⁴⁴ en una litera dorada con forma de barco. La respuesta del dios era interpretada por los sacerdotes a partir de los movimientos y el balanceo de la litera. Sea como fuere, lo cierto es que las preguntas del rey macedónico y las respuestas ofrecidas por el oráculo permanecieron en privado, aunque la tradición posterior, iniciada seguramente por el “fabulista” Clitarco, especuló con una serie de preguntas acerca del dominio del mundo y del castigo de los asesinos de su padre Filipo, posiblemente haya que atribuir a este mismo autor el supuesto deseo expresado por Alejandro de ser enterrado en el oasis⁴⁵. En cambio, las principales fuentes empleadas por Arriano de Nicomedia en su *Anábasis de Alejandro*, es decir, Aristóbulo y Tolomeo, señalaron simplemente que Alejandro quedó satisfecho con las respuestas obtenidas⁴⁶.

Lo que resulta, sin embargo, seguro es que el sacerdote que dio la bienvenida al soberano lo recibió públicamente como hijo del dios, tanto del egipcio Amón como del griego Zeus; el propio Alejandro se hizo representar con tal titulación de manera oficial y, a medida que se prolongó su reinado, conmemoró con mayor interés su origen divino. Así, el mencionado Calístenes señaló que en la mañana de la decisiva batalla de Gaugamela, Alejandro suplicó la ayuda de su padre divino⁴⁷ e incluso uno de los principales motivos de queja de Clito, hermano de la nodriza del rey y uno de sus principales consejeros, consistió precisamente en reprocharle a Alejandro la pretensión de ser hijo de Zeus-Amón renunciando a su padre biológico⁴⁸.

Después de esta alentadora estancia en Siwa, la comitiva emprendió el regreso a Egipto; según Aristóbulo, los macedónicos tomaron el mismo camino que los había conducido hasta el oasis, mientras que Tolomeo, futuro rey egip-

⁴⁴ Esta cifra, sin duda exagerada, es la que figura en Diod. Sic. XVII, 50, 6.

⁴⁵ Diod. Sic. XVIII, 28, 2; Curt. X, 5, 4; Just. XII, 15, 7.

⁴⁶ Arr., *Anab.* III, 4, 5.

⁴⁷ Plut., *Al.* 33, 1-2 = *FGrHist* 124 F 36. HAMILTON, J.R. (1969), p. 87.

⁴⁸ Plut., *Al.* 50, 11; Curt. VIII, 1, 42. HAMILTON, J.R. (1969), pp. 71-72, 142; BOSWORTH, A.B. (1996), *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph*, Oxford, pp. 103, 130. Como no podía ser menos, este interés por presentarse como hijo de Zeus-Amón sirvió también de chanza para las tropas que se amotinaron en Opis, que le aconsejaron a Alejandro que a partir de ese momento continuara su campaña con la ayuda de su “padre”, Just. XII, 11, 5-8; Diod. Sic. XVII, 109, 2-3; Arr., *Anab.* VII, 8, 3. HAMMOND, N.G.L. (1983), *Three Historians of Alexander the Great*, Cambridge, pp. 72-73.

cio, escribió que volvieron directamente a Menfis por la depresión de Qattara⁴⁹.

Si tenemos en cuenta que la fundación efectiva de Alejandría tuvo lugar después de la consulta del oráculo, tendremos que seguir la versión de Aristóbulo, imaginando que Alejandro y los suyos alcanzarían la costa rápidamente, luego cruzarían la desembocadura del Nilo y, por último, asistirían al acto mediante el cual quedó establecida la nueva ciudad el 7 de abril del año 331 a.C.⁵⁰.

Alejandría de Egipto se convirtió en la primera de las nuevas ciudades creadas por el gran macedónico al tiempo que iba conquistando buena parte del mundo conocido⁵¹. Aquí fue escogido un asentamiento emplazado en la zona portuaria de la aldea de Racotis y el propio Alejandro sería el encargado de trazar el plano de la ciudad con la ayuda de su arquitecto favorito, Dinócrates de Rodas⁵².

El urbanismo de Alejandría fue típicamente griego, con un ágora (el mercado, institución central de las *póleis* helénicas) y un templo dedicado a los dioses griegos⁵³. Desde un primer momento se pensó en poblarla con colonos de origen heleno, muchos de ellos procedentes de localidades cercanas como Náucratis y las de la Cirenaica, mientras que los egipcios conformarían un grupo ciudadano carente de los mismos derechos que iban a gozar los griegos⁵⁴.

⁴⁹ Arr., *Anab.* III, 4, 5. BORZA, E.N. (1967), "Alexander and the return from Siwah", *Historia*, 16.3, p. 369.

⁵⁰ FRASER, P.M. (1972), *Ptolemaic Alexandria* II, Oxford, pp. 2-3 n.6.

⁵¹ Nunca ha habido una cifra oficial o canónica acerca del número exacto de "Alejandrías", por lo que resulta interesante la consulta de FRASER P.M. (1996), *Cities of Alexander the Great*, Oxford, pp. 1-64, donde son estudiadas minuciosamente las fuentes griegas e iránicas que trataron dicha cuestión.

⁵² Según la conocida y bastante vistosa versión de Plut., *Al.* 26, 7-10, Alejandría fue fundada con anterioridad a la consulta del oráculo de Amón, una idea que ha sido descartada por los historiadores modernos; además, el biógrafo adorna el relato señalando que Alejandro, a falta de poder utilizar tierra blanca, ordenó trazar el croquis de la ciudad con harina. La ciudad iba adquiriendo la figura de una clámide y, en ese momento, una enorme bandada de pájaros se lanzaron sobre el croquis devorando toda la harina; a pesar del desánimo del rey por este hecho, los adivinos interpretaron que la ciudad sería muy próspera y proporcionaría sustento a personas llegadas de todos los países. Otros autores antiguos recogieron esta versión de la fundación de la ciudad empleando harina, según la tradición macedónica, es el caso de Arr., *Anab.* III, 2, 1-2; Curt. IV, 8, 6 y Str. XVII, 1, 6. HAMILTON, J.R. (1969), p. 68; HAMMOND, N.G.L. (1993), *Sources for Alexander the Great. An analysis of Plutarch's Life and Arrian's Anabasis Alexandrou*, Cambridge, p. 59, argumentó que la fuente seguida tanto por Plutarco como por Quinto Curcio al narrar este presagio fue Clitarco.

⁵³ Arr., *Anab.* III, 1, 5. JONES, A.H.M. (1940), *The Greek City. From Alexander to Justinian*, Oxford, pp. 3-5.

⁵⁴ FRASER, P.M. (1972), *Ptolemaic Alexandria* I, Oxford, pp. 63-65.

De lo que no cabe duda es de la idoneidad del emplazamiento elegido para la ciudad: en un istmo entre el Mediterráneo y el lago Mareotis, donde se gozaba de un clima saludable, rodeado de tierras fértiles y con un fácil acceso hacia el interior de Egipto. En este sentido, se ha argumentado que la idea de fundar Alejandría en ese emplazamiento no habría sido original del monarca, sino que algunos griegos establecidos en Egipto se la habrían sugerido⁵⁵.

Alejandro puso un interés especial en el origen y desarrollo de esta ciudad que no tuvo parangón con las restantes fundaciones que llevó a cabo por Asia⁵⁶; sus ansias de gloria y su deseo de ser perpetuamente honrado como héroe fundador de la Alejandría egipcia fueron dos de los elementos predominantes a la hora de realizar esta gran empresa.

Después de haber establecido las bases de la que se convertiría en la principal metrópoli del Mediterráneo oriental durante la Antigüedad, Alejandro regresó a Menfis; allí celebró su llegada con un nuevo sacrificio a Zeus, recibió a algunas legaciones diplomáticas así como contingentes de mercenarios procedentes de diversas zonas de Grecia y, ante todo, dispuso la nueva organización administrativa, militar y financiera de Egipto⁵⁷. Las medidas por él adoptadas consistieron en nombrar a dos egipcios como nomarcos o gobernadores provinciales del país: uno encargado del Alto Egipto y otro del Bajo, con la obligación de respetar las normas establecidas desde antiguo, si bien tenían la obligación de entregar los tributos recaudados a un griego llamado Cleómenes. Como jefes de las tropas acantonadas en la propia Menfis y en Pelusio designó a un griego y a un macedónico de su absoluta confianza, que hasta entonces habían ostentado el *status* de “compañeros” o *filoi*; por encima de ellos, al frente de todo el ejército establecido en Egipto⁵⁸, nombró Alejandro dos generales y un almirante. Con todas estas medidas, queda claro que el monarca intentó evitar la circunstancia de dejar el país del Nilo en manos de una sola persona, repartiendo cargos y responsabilidades de manera parcial, debido al riesgo que suponía dejar los enormes y tentadores recursos egipcios bajo el control de un único funcionario.

Después de haber adoptado todas las decisiones anteriores, Alejandro reunió el grueso de un ejército que, después de haber descansado durante todo el invierno, estaba en ese mes de abril de 331 a.C. dispuesto a regresar a Asia para derrotar de manera definitiva a los persas⁵⁹.

⁵⁵ BOSWORTH, A.B. (1996), *Alejandro Magno*, p. 361.

⁵⁶ Arr., *Anab.* VII, 23, 7.

⁵⁷ Arr., *Anab.* III, 5, 1-7. BOSWORTH, A.B. (1980), pp. 275-278.

⁵⁸ Según Curt. IV, 8, 4, había un total de 4000 soldados griegos y macedónicos en Egipto.

⁵⁹ Arr., *Anab.* III, 5, 1.

Aunque el joven monarca no tendría la oportunidad de regresar a Egipto durante los ocho años que le quedaban de vida, lo cierto es que el recuerdo de las respuestas recibidas en el oráculo de Siwa lo acompañarían a lo largo de todo un proceso de divinización; un importante paso en esta dirección se produjo en 327 a.C., cuando intentó instaurar entre sus súbditos el ceremonial de la *proskýnesis*, una costumbre procedente de la corte aqueménida que consistía en realizar una postración en el momento de despedirse del monarca como señal de sumisión al mismo⁶⁰. De manera análoga, cuando asistía a una de sus habituales fiestas –es bien conocida la afición de Alejandro al alcohol– gustaba de vestirse a la usanza de su supuesto padre Amón, tocado con los famosos cuernos de carnero con que se representaba a este dios⁶¹ e incluso, al fallecer en la ciudad meda de Ecbatana su amigo más íntimo, Hefestión, envió una legación a consultar al oráculo de Siwa si procedía realizar sacrificios en honor al difunto a la manera de un dios; en este caso, la respuesta de Amón fue, como era de esperar, negativa⁶².

Para completar la impresión que Egipto ofrecía en la mente de Alejandro, todavía habría que mencionar un curioso episodio que tuvo lugar en la India, concretamente con ocasión del descenso de su expedición desde el río Hidaspes⁶³ hasta el océano Índico⁶⁴; debemos recordar que este Hidaspes se encuentra dentro de la enorme cuenca del Indo y, en el mismo, los expedicionarios tuvieron la ocasión de contemplar cocodrilos. Debido a esta circunstancia, junto con la observación allí mismo de unas flores de loto similares a las egipcias⁶⁵, el conquistador creyó repentinamente que se encontraba nada menos que en las remotas fuentes del Nilo; es más, tal y como nos transmiten esta noticia los autores antiguos⁶⁶, llegó a pensar que el Nilo nacía en la India y, tras atravesar una extensísima zona desértica, reaparecía en África, donde cambiaba de nombre hasta su desembocadura en el Mediterráneo.

A pesar de este intento de disquisición erudita por parte del gran macedóni-

⁶⁰ Comentada, por ejemplo, en Arr., *Anab.* IV, 9, 9. GUZMÁN GUERRA, A. – GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (1997), *Alejandro Magno. De la historia al mito*, Madrid, pp. 189-195.

⁶¹ BOSWORTH, A.B. (1996), *Alejandro Magno*, pp. 422-423.

⁶² Arr., *Anab.* VII, 14, 7.

⁶³ Actualmente denominado “Chelam”.

⁶⁴ ROMM, J.S. (1992), pp. 151-152.

⁶⁵ Se trata de la llamada “haba egipcia”. GIL, J. (1995), *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, p. 198 n.93.

⁶⁶ Arr., *Anab.* VI, 1, 2-6; Str. XV, 1, 25. Es muy probable que tanto Nearco como Ptolomeo hubiesen sido testigos de este acontecimiento. El primero habría sido la fuente empleada por Estrabón, mientras que el segundo habría constituido una función semejante para Arriano. Véase, además, el punto de vista expresado por HAMMOND, N.G.L. (1993), pp. 261-263.

co, en la que las enseñanzas recibidas de Aristóteles resultaron fundamentales⁶⁷, los indígenas le hicieron reparar en el grave error geográfico que había cometido: el río Hidaspes en el que comenzaron su navegación desembocaba en el Aquesines⁶⁸ y éste en el Indo que, a su vez, vertía su caudal al océano, por lo que se hacía del todo imposible navegar desde el interior de la India hasta Egipto.

Los historiadores e intelectuales que formaron parte de la expedición greco-macedónica también se interesaron en establecer comparaciones más o menos realistas entre el medio natural indio y el egipcio. Éste fue el caso del mencionado Aristóbulo, cuya tarea era similar a la de un técnico o un ingeniero y realizó diversas observaciones a propósito del mundo físico que tuvo ocasión de conocer: concretamente, advirtió que durante el verano del año 325 a.C., cuando el ejército de Alejandro se encontraba en la India, no llovió en el curso medio del Indo, al contrario de lo que suele ser habitual, por lo que Aristóbulo, basándose en dicha situación de excepcionalidad, aplicó por analogía una situación idéntica a las tierras regadas por el Nilo⁶⁹; es decir, pensó que el elevado cauce del Indo se debía exclusivamente al efecto de la lluvia y la nieve que caían en la zona más septentrional de su cuenca, de modo que la crecida anual del Nilo tenía que deberse a una pretendida pluviosidad en la zona situada al sur de Méroe, la capital del reino homónimo, situada entre la quinta y la sexta cataratas del Nilo, en el actual Sudán, lo cual era un auténtico disparate.

Otro distinguido compañero de expedición, el almirante Nearco de Creta, llegó a una conclusión diferente, aunque partió de una premisa idéntica: la de identificar la situación hidrográfica de la cuenca del Indo con la del Nilo al objeto de responder a la consabida pregunta acerca de las fuentes del río egipcio. Según la opinión de Nearco, las lluvias que caían sobre la India en verano producían la crecida de sus ríos; análogamente, en las regiones inexploradas de Etiopía tenía que suceder necesariamente una situación similar, de modo que la crecida del Nilo era apreciable durante la estación más calurosa del año⁷⁰.

Llegado a este punto, considero que el análisis de los diversos aspectos que los historiadores de Alejandro vieron en común entre la naturaleza de la India y la de Egipto merece una publicación por separado.

Recibido el 5-12-2008

Aceptado el 12-04-2008

⁶⁷ BOSWORTH, A.B. (1993), "Aristotle, India and the Alexander Historians", *Topoi. Orient-Occident*, 3, pp. 414-417.

⁶⁸ Actualmente denominado "Chinab".

⁶⁹ BOSWORTH, A.B. (1993), p. 417 n.50.

⁷⁰ *FGrHist* 133 F 20 = Str. XV, 1, 25.